

C O N F E S I O N

LUIS MARTINEZ
Anterior Director
Revista CEIBA

EUGENIA entró en la sacristía sigilosamente. El Padre Daniel no estaba. Se dejó caer en una silla como si llevara sobre los hombros una carga de plomo. A su lado, vio una cruz oscura que le recordó los dolores de Cristo. Se abrazó a ella con ansiedad. Y rompió a sollozar convulsivamente. Sintió que todo su cuerpo se le estremecía. Creyó que el corazón se le rompía en pedazos. El Padre Daniel entró con una sonrisa en los labios:

-¡Buenos días, hija!

-¡Ay, Padre, qué desgraciada soy!

-¿Que te pasa?

-Me siento como si me hubieran clavado por dentro, como si llevara espinas en el pecho...

-¡Qué te sucede, hija?

-Son tantas cosas que no sé cómo decirlas...

-¿Tienes disgustos con tu marido?

-No frecuentemente. El es bueno y me quiere. No me puedo quejar. Pero, en el fondo, somos incompatibles... Yo creo que no nos entendemos.

-¿Qué los separa?

-Tal vez nuestros hijos. El piensa de una manera con respecto a ellos. Yo, de otra...

-¿Por qué esa discrepancia?

-Indiscutiblemente que él es más tolerante que yo. Justifica continuamente la conducta de nuestros hijos... No le importa que a mí me hieran...

-Hay que ser comprensivo y tolerante... No se puede vivir en plan de guerra.

-Pero tampoco puedo soportar tantos agravios...

-¡Cuántos hijos tienes?

-Dos. Un varón y una hembra...

-Y ¡qué te pasa con ellos? ¡Qué te hacen?

-El varón se ha alejado de mí, tal vez, definitivamente. Creo que me detesta. Me rechaza. La última vez que hablamos me insultó con las palabras más sucias...

-No es un buen hijo...

-Yo creo que su mujer lo separa de mí. Ella es una criatura egoísta. A mí me rechaza con los ojos llenos de rabia. No comprende que mi hijo tiene sus padres, como ella tiene los suyos. Es absorbente. Mi hijo tiene siempre que hacer su voluntad.

-Comprendo. Hay mujeres "castrantes" como decía Ortega y Gasset. Son mujeres autoritarias que "castran" a los hombres moralmente y les imponen su voluntad. Para ellas, el marido es como un perrito de su propiedad. Lo gobiernan, lo mandan... No respetan su condición de ser humano...

-Y los maridos hacen lo que ellas quieren... Ese es el caso de mi hijo...

-¡Perdónelo!

-Es un mal hijo...

- Lo sé... Pero recuerde que hay que ser duro con el pecado.
Pero blando con el pecador...
- No puedo, Padre... Me ha agraviado tanto, me ha herido tanto, con sus palabras, con su desprecio, que mi corazón sangra día y noche...
- Es natural... Las madres siempre esperan lo mejor de sus hijos, su cariño, su comprensión, su respeto...
- Mi hijo no tiene para mí ni una cosa ni otra...
- Tal vez usted no le dio una buena educación, no le formó un corazón amoroso...
- Era muy rebelde. Y, tanto su padre como yo, teníamos que pegarle con frecuencia...
- Ya conozco el caso..."Si no comes, te doy un "cantazo"... Si no haces la asignación te doy un "cantazo". Forman a sus hijos bajo la amenaza. Y los frutos son esos muchachos rebeldes, llenos de odio contra todos.. A los niños hay que educarlos con amor. Los seres mimados y queridos en su infancia son los hombres buenos del futuro. Los otros, son los delincuentes, de corazón duro, sin amor y sin piedad para con sus semejantes... La educación del "cantazo", como yo le llamo, deforma a los seres humanos y los convierte en fieras.
- Entonces, ¿debí dejarle hacer lo que quisiera?
- No, hija, no. Pero no se educa a base de golpes. Al niño se le persuade primero, se le convence... Y, si no se logra, se le castiga. Se le priva de sus dulces preferidos, de ver la televisión, de jugar con sus amiguitos... Pero, con el golpe, no se consigue sino endurecerles el corazón y hacerlos

insociables... Despertar en ellos, la fierra que todo hombre lleva dentro.

-Tal vez yo he pecado, Padre, en este sentido y me arrepiento muy sinceramente...

-Está usted cosechando con su hijo el fruto que sembró... Y ¿con la hembra? ¿Qué le pasa?

-Me trata duramente también. A ratos, me desprecia. Casi siempre tiene la cara hosca. Y, cuando me acerco a ella, me hiere de alguna manera. Bien con algún desaire, bien con una palabra dura... La verdad es que no encuentro amor en el corazón de mis hijos.

-Tal vez ella crea que los viejos molestan...

-Es cierto, repite con frecuencia que los viejos "joden".

-Aclárele y repítale que para los hijos buenos jamás sus padres "joden" como dice ella. Por el contrario, es un gusto tenerlos cerca, quererlos, mimarlos... Los viejos y los niños necesitan más amor que los demás seres humanos...

-Mi hija es insensible... Yo creo que tiene el corazón de piedra.

¡Es tan dura! ¡Jamás tiene una frase agradable en los labios para mí! Casi siempre me mira con los ojos llenos de rabia. Creo que, cuando me muera, llevaré grabada en mis ojos su cara llena de rencor... Su odio y su desprecio me los llevaré conmigo para la eternidad.

Y rompió a llorar de nuevo como si el mar de sus lágrimas se le desbordara del pecho azotado por un huracán.

-¿Qué educación le dio usted a su hija?

- La eduqué en un colegio católico...
- Pero en el hogar tal vez encontró durezas, reproches, regaños continuos...
- No lo creo...
- Educar en un colegio católico no significa nada para el niño si no encuentra en su casa amor y comprensión...
- Nosotros le dimos todos los gustos que quería...
- Pero no la enseñé a ser dulce, buena, compasiva, con caridad para con sus semejantes...
- El colegio falló...
- No. Falló usted. Las sillas que están en los colegios católicos siguen siendo siempre sillas. Recuerde que los hijos son primero hijos y después alumnos. El centro de la educación está en el hogar. Si fallan los padres, los maestros pueden hacer muy poco..
- ¡Ay, Padre, qué desgraciada soy! A los sesenta años veo mi vida rota, llena de espinas.
- Tal vez así comprenderá mejor los sacrificios de Jesús y su corazón se le iluminará...
- Eugenia se abrazó de nuevo a la cruz y sollozó convulsivamente.
- Llore, hija... Lave su conciencia. Ya verá que Dios se la llenará de la luz de su amor y se sentirá bien...
- Padre, pida al Señor por mí...
- Lo haré, desde este momento, sin descanso. Rece mucho y acérquese espiritualmente al Señor. El le dará la paz que sus hijos le niegan.

Cuando Eugenia se marchó se sintió el pecho más aliviado. Tomó su automóvil y se llegó a su hogar. Al pasar por la casa de al lado vio a su vecino regando las plantas del frente. Era un muchacho fuerte, atlético. Tenía el torso desnudo. Llevaba unos pantaloncitos cortos que dejaban al descubierto sus muslos viriles y másculos. Roberto irradiaba salud y alegría.

-Adiós...

-Buenos días, Doña Eugenia... Está usted muy guapa hoy.

-Gracias, Roberto. Hacía mucho tiempo que no oía una frase amable para mí...

Gracias!

-Sin embargo, la veo como triste... ¿Qué le pasa?

-La vida, hijo, la vida me golpea...

-No diga eso...

-Estoy muerta de sed. Voy a tomar un poco de agua...

-Yo también...

-¿Quieres que te dé un referesco?

-¡Cómo no!

-Pues, ven... Entra conmigo. Te lo daré enseguida.

El joven entró sonriente. Se sentó en un pequeño silloncito y respiró fuertemente. Se sentía feliz. Tomó el refresco con fruición. Eugenia lo miró fijamente. Era un hombre hermoso. Alto, erguido, fuerte. Parecía la estatura de un dios griego arrancada de algún viejo museo. Jamás, hasta hoy, se había percatado ella de la belleza viril de su vecino. Roberto sintió un íntimo placer, un gozo secreto que le corría por dentro. La mirada de Eugenia lo estremeció. Ella observó que los ojos se le llenaban al muchacho de una extraña luz. Nunca había visto unas pupilas más brillantes. Se puso de pie, a su lado, y le acarició los negros cabellos revueltos con sus dedos nervioso. Roberto sonrió. Le pareció que algo muy hermoso le cantaba por

toda la sangre de sus venas. Era como si llevara mil pájaros trinándoles en el pecho. Eugenia dobló un poco su cuerpo. Acercó su cara al rostro del muchacho. Tenía veinte años. Y la vida le bullía por su arcano como una furiosa corriente secreta. Lo miró a los ojos fijamente y recordó a su marido. Dos lágrimas gruesas brotaron de sus pupilas tristes y cayeron sobre el dorso de la mano del joven. Roberto las contempló con un gozo callado... De pronto le pareció que las dos lágrimas brillaban insólitamente. Se les habían convertido milagrosamente en dos estrellas.